

CAPITULO I.

Un rayo de esperanza.

Era una noche de la primavera del año de 1798, cuando agrupada al rededor de una mesa de té en un salon de Paris, se hallaba una pequeña reunion ménos brillante que escogida; porque el que conociese de alguna manera la capital de Francia en aquella época, tenia que reconocer luego á las primeras celebridades literarias y sociales que vivian allí: *Gay-Lussac*, el célebre físico y explorador de la atmósfera; *Michaux*, cuya actividad como naturalista y viajero hacia sorprender al mundo; *Madame de Staël*, *Benjamin Constant*, *Lalande*, *Geoffroy*, *Saint-Hilaire*, el pintor francés *David*; los artistas alemanes

Schick y Tieck, el conde de *Schlaberndorf*, el secretario de legacion de *Brinkmann* (1) y un joven francés de cerca de veinte y cinco años de edad, *Bonpland*, que era uno de los alumnos mas distinguidos de la Escuela de Medicina y del jardin botánico y el favorito de *Gay-Lussac*.

La casa en que se habian reunido todas las celebridades en aquella época, una de las mas frecuentadas: era, la de *Guillermo de Humboldt* y de su esposa *Carolina de Dacheröden*.

Su grande tendencia intelectual habia llevado á *Guillermo de Humboldt* á un país extranjero.

En Alemania y principalmente en Prusia se veia en aquella época el horizonte político bastante turbio.

Los gobiernos y los pueblos estaban cansados; no habia ni trazas de espíritu nacional en nuestra querida patria. Si bien *Guillermo de Humboldt* habia tomado parte en los adelantos que habia hecho el pueblo aleman en las artes y las ciencias, tuvo necesidad, despues de una carrera diplomática de dos años, de retirarse aunque con dolor, de la escena política. Porque ¿qué era de esperarse en aquella época de la destrozada nacion alemana, á cuya cabeza se hallaban dos monarquias, que se odiaban mortalmente, sino ignominia y derrotas? ¿Qué era de desearse sino una sólida regeneracion en el interior y exterior de nuestra vida nacional y principalmente en

(1) Agregado al ministro de Suecia, *Baron de Staél*.

el Estado de Prusia, demasiado débil por su aislamiento?

¿Quién no preferiria, teniendo un porvenir independiente, dejar por algun tiempo un país que tiene una perspectiva tan desconsoladora, economizando sus servicios para mejores tiempos, en que pudiese esperar hacer algo de provecho para sí? (1)

Guillermo de Humboldt tenia la intencion de ir con su familia á Italia, para conocer la gente, países y costumbres; pero impedido por la guerra, se estableció en Paris, donde su casa ofreció pronto para todos los alemanes escogidos, un "point de ralliement" (2) (punto de reunion), y tambien para los franceses bastante atractivo.

Felices eran tambien en aquel dia el señor y la señora de *Humboldt*, que en el mencionado pequeño círculo escogido hacian los honores de la casa. Mas en esta reunion no dominaba ese pesado fastidio que en muchas de las nuestras se hace valer con frecuencia; tampoco el bullicio superficial y frívolo de la gente de los salones franceses; allí reinaba un tono, que de un modo prodigioso combinaba la agradable ligereza de la nacion francesa con el ingenio y profundidad de espíritu de los alemanes. Entre las tendencias científicas de los franceses se distinguian en aquel tiempo los estudios en la filología y las ciencias naturales. Nombres como *Gay-Lussac*, *Lalande*,

(1) *Gustav Schlesier*: Recuerdo de *Guillermo Humboldt* tomo II. pág. 10.

(2) Carta de la señora de *Humboldt* á su amiga *Raquel* en Berlin del 25 de Mayo de 1798.

Geoffroy, Saint-Hilaire, Cuvier y Delambre brillaban en el terreno de las últimas; y en el de la filología eran en parte los anticuarios, en parte los lingüistas, quienes se distinguieron. Solo una cosa se había extinguido y estaba decaída hacia mucho tiempo en Francia: el gusto por la antigüedad clásica, y despertarle y abrirle un nuevo camino, se había propuesto Guillermo de Humboldt. Su casa se había hecho por este motivo el punto de reunion de todas aquellas inteligencias, que aún tenían gusto por estas materias, mientras él mismo y su esposa podían pasar por dignos representantes del espíritu y cultura alemanes. También la literatura de ambas naciones estaba allí perfectamente representada, porque el dueño de la casa se había hecho conocer hacia tiempo en el mundo, por sus excelentes críticas y sus obras literarias. "La traducción de la cuarta oda de Pindar," la de "Agamemnon de Equileos" y sus "Ensayos estéticos sobre Hermann y Dorotea" daban testimonio de su importante talento.

De este modo había en el pequeño círculo, que se reunía en la casa de Humboldt cada semana, en noches determinadas, bastante materia para una conversacion, siempre viva é intelectual. Con esto traía cada uno de los concurrentes noticia de lo que había en su ramo, mas importante en novedades literarias; mientras algunas veces, formaba principalmente Madame de Staël, el centro de una brillante y con frecuencia muy interesante conversacion.

También en aquel día era la conversacion muy viva é interesante. El señor de Caillard, que era amigo de la casa y un sábio diplomático, iba á publicar una obra histórica. Impedido de venir aquella noche había mandado con su confidente, *Chardon de la Rochette*, una parte del manuscrito. La lectura provocó juicios diversos sobre las capacidades del autor como historiador, y de este modo se suscitó la pregunta: ¿Cuál debía ser ante todo el problema esencial del historiador?

La señora de Staël opinó: El proseguir y reproducir de una manera adecuada la reciprocidad de las fuerzas y los giros del destino; pero ante todo, comprender bien las grandes ideas que dominan en mundo, así como en las naciones.

—¡Convenido! dijo el señor de Humboldt, pero entonces deben haberse desarrollado en la mente del autor los elementos de una filosofía mas profunda de la historia.

—¿Y sucede esto acaso con Caillard? preguntó Lalande.

—¡No! contestó Guillermo de Humboldt, sonriendo. Estimo sobremanera al amigo Caillard como hombre y como diplomático, pero para ser un buen historiador carece de todo lo que se acaba de enumerar como indispensable para ello.

—Tampoco deja madurar, según parece, los acontecimientos, opinó la señora de la casa, sirviendo el té con una gracia peculiar en ella.

—¡Pues bien! dijo Gay-Lussac, dirigiéndose á Guillermo de Humboldt, ¿cuáles son los requisitos que segun vuestra opinion debe tener un buen historiador?

—¡Muy importantes! contestó éste. Vosotros los franceses sois incuestionablemente buenos maestros en el arte de escribir memorias; en esto no os iguala ninguna nacion. Pero hay una diferencia esencial entre "escribir memorias y escribir historia."

—¿Cuáles son pues los requisitos?

—¡Allá voy! dijo Humboldt, que por su conversacion olvidaba llevar á los labios la taza de té que tenia en la mano; el historiador no solamente tiene que *escribir historia y referir hechos*, sino que debe ante todo enumerar las leyes dominantes y profundas de la humanidad. Y considerando que lo que acontece está visible en el mundo de los sentidos solo en parte y lo demás se debe escribir, adivinar é inferir, y que toda la verdad de los acontecimientos está basada en la agregacion de aquellas partes invisibles para la realidad de los hechos; considerando esto, debe el historiador además penetrar en las profundidades mas secretas de la naturaleza humana para concebir y producir; escuchar ó mejor dicho acechar el obrador interno del hombre de estado, del héroe, del sábio, del poeta y del artista; proyectar los límites de sus atribuciones y finalmente indicar con habilidad los puntos delicados de contacto, que se presentan entre estas sobresalientes notabilidades y la vida interior de las naciones.

—Teneis razon, dijo Gay-Lussac. Así como la mas

sencilla descripcion de la naturaleza necesita ante todo el aliento tomado de la totalidad del objeto de la misma naturaleza, para hacer comprender su carácter interior, que nise puede medir ni descubrir; así tambien la historia necesita de una contemplacion superior é intelectual del mundo, para poder abrazar todos los hilos de la accion humana y á la vez todo el sello de las ideas superiores.

—Y, agregó Guillermo de Humboldt, presentar lo acontecido aunque en pura objetividad, pero tambien en su íntima conexion con la suma de la existencia y con todas las direcciones del espíritu humano.

—Vuestros requisitos son muchos, dijo la Sra. de Staël; mas estoy enteramente de acuerdo con ellos; solo creo necesario que todos los historiadores sean á la vez en cierto modo adivinos.

—¡Excelente palabra! dijo el dueño de la casa con entusiasmo; vos me habeis comprendido y teneis aquella mirada misteriosa, fija en la profundidad de la naturaleza humana y en el porvenir que queria indicar.

—¡Un don del cielo, mas propio de la mujer que del hombre! dijo Benjamin Constant.

—Es pues necesario que el hombre lo aprenda de la mujer, continuó Humboldt. El que quiera escribir historia, debe ante todo observar de léjos la entrada de las nuevas ideas, que han agitado á la humanidad por largas épocas; debe leer lo futuro siempre en el pasado y saber manejar la materia de que quiere tratar, investigando las luchas por estas ideas y su realizacion.

—En esto tiene que abarcar muchos escollos, dijo la Sra. de Staël con la vivacidad que le era peculiar.

—¿Y cuales son estos escollos? preguntó Gay-Lussac.

—¡Presumo lo que quiere decir la Sra. de Staël! dijo Humboldt.

—¿Qué es pues? preguntó ésta.

—Debe tener cuidado, de no sustituir la realidad con las ideas formadas por él.

—¡Justamente! dijo la Sra. de Staël, y los magníficos ojos de aquella mujer nada ménos que hermosa, chispeaban de tal manera, que parecia ser otra y en esta excitacion se le podia llamar verdaderamente admirable. La independenciam y lo circunspecto de su opinion debia haberle formado una segunda naturaleza, para aplicarla á considerar cada acontecimiento por separado; pues ninguna idea que conmueva á la humanidad está aislada del conjunto en general y de todo lo que acontece, hay una parte fuera de la esfera de una observacion inmediata. Si falta al historiador aquella independenciam de opinion, no puede conocer los acontecimientos ni en su extension, ni en su importancia; pero si le falta la circunspeccion, ofende la sencillez y la verdad de los sucesos.

—Es singular, dijo el consejero de legacion, de Humboldt, (este título llevaba Guillermo hacia muchos años), como esta opinion de nuestro amigo me hace recordar á mi excelente hermano Alejandro. Si no fuera naturalista, debia ser historiador. Las muchas cualidades

que hemos supuesto en un buen historiador, posee mi hermano en mayor grado como naturalista.

—Espero que pronto le veremos aquí, dijo el digno anciano Lalande, que como excelente astrónomo estaba en correspondencia con Alejandro de Humboldt.

—¡Seguramentel contestó Guillermo. Le he escrito, lo que me ha comunicado en confianza nuestro amigo Gay-Lussac; es decir que el Museo nacional de aquí está preparando una expedicion, que bajo el mando del capitán *Vaudin* ha de emprender un viaje de exploracion al hemisferio central.

—Y os doy mi palabra, dijo la señora de Humboldt, que ésta noticia le dará alas. Su anhelo de visitar países desconocidos, le traerá con la velocidad del viento.

—Tanto mas, cuanto que este deseo se ha aumentado á causa del fracaso de su último proyecto; dijo el hermano.

—¿No intentaba hacer un viaje á Egipto? preguntó Michaux.

—¡Sí! dijo la señora de la casa, haciendo de nuevo los honores de la mesa y sirviendo el té. Mi cuñado no tiene suerte en la realizacion de sus deseos y esperanzas mas ardientes. Tan luego como hay un rayo de esperanza, sucede algo que la desvanece.

—¿De que modo? preguntó la señora de Staël.

—Primeramente, intentó Alejandro, en union de su compañero de estudios *Leopoldo de Buch*, á quien conoció como excelente geólogo en la escuela de minas de Frei-

berg, emprender un viaje para Italia; la guerra impidió su realización. Después se resolvió en Salzburg, á tomar parte en una expedición al Bajo-Egipto. En unión de otro amigo, trataba de ir por el Nilo hasta Aruan, para explorar los monumentos gigantescos de los antiguos egipcios y continuar después el viaje por la Palestina y la Siria; pero también este proyecto fracasó á causa de los acontecimientos políticos. (1)

—Mucho será su contento al saber mi última noticia, dijo el dueño de la casa; y mas cuando sepa que encontrará para esta expedición en nuestros amigos Michaux y Bonpland tan excelentes compañeros de viaje.

—También nosotros nos alegramos de tener por compañero al Sr. de Humboldt, dijo el joven Bonpland, retorciendo su hermoso bigote. Su obra: "Florae Freibergensis specimen" (2) es excelente y muestra á un hombre de grandes talentos. ¡Cuán ingeniosos y exactos son los resultados de sus observaciones, que hizo en aquel distrito de minas!

—Fué dos años después de que habíamos dejado la universidad de Goettingue, añadió el consejero de legación. El célebre Werner, el fundador de la geognosia, le había atraído á la academia de minas en Freiberg. Yo

(1) Dr. W. Klenke. Alejandro de Humboldt, pág. 39.

(2) "Flora de las plantas criptógamas de la comarca de Freiberg" 1793.

acababa de dejar justamente el servicio del Estado, que había ensayado por dos años para entrar en otro mas ameno.

Dichas estas palabras estrechó Guillermo de Humboldt la mano de su esposa con una feliz sonrisa.

—¡No, Guillermo! dijo ésta con amabilidad, no era, sino un estado, que espero te cautivará por mas tiempo que la diplomacia.

—Lo creo también, dijo Guillermo de Humboldt, riendo. Pero hablabamos de Alejandro. Bonpland tiene razón en llamar la Flora de Alejandro una obra excelente. Apenas he encontrado una cosa mas interesante que sus observaciones sobre los criptógamos hallados en los tiros de las minas.

—Y sus aforismos de la fisiología química de las plantas, dijo Gay-Lussac; cuán excelentes son. Los pongo al lado del hermoso trabajo: "Sobre el músculo excitado y la fibra nerviosa." En estas producciones de un hombre, que apenas tiene una edad de veinte y nueve años, podemos aprender algo nosotros los franceses, principalmente lo que concierne á las agudezas del raciocinio, á la reposada claridad de los pensamientos, así como á la intensidad y perseverancia en las investigaciones.

—Si conseguimos, dijo Bonpland con la viveza carácter francés; que el señor de Humboldt sea agregado á la expedición.

—Lalande y yo hacemos todo lo posible para conseguirlo, dijo Gay-Lussac.

—Además, añadió Guillermo de Humboldt, si fuera

necesario, haria mi hermano el viaje á sus propias espensas.

—Esto sería un sacrificio demasiado grande para un particular, tanto mas cuanto que el gobierno utiliza sus investigaciones.

—¿Sacrificios? dijo la señora de Humboldt. No conocéis aún á mi cuñado, si creéis que retroceda ante sacrificios, cuando se trata de realizar un deseo que lleva en su corazon desde muy jóven.

—Mi mujer tiene razon, dijo el consejero de legacion. Alejandro ha hecho de la resolucion de visitar el continente americano, el problema de su vida; se ha preparado desde la edad de diez y ocho años con viajes en Europa, para poder comparar las experiencias geológicas que ha hecho con la constitucion geológica de América; además en sus viajes preparatorios ha procurado adquirir los conocimientos prácticos en el manejo de aquellos instrumentos, tan necesarios para las exploraciones que se ha propuesto emprender.

—Todo esto he hecho valer en mi solicitud al gobierno, dijo Gay Lussac.

—Pero todavía no sabeis una circunstancia, continuó Guillermo de Humboldt sonriendo, que demuestra la grande abnegacion de mi hermano.

—¿Y cuál es?

—En el año de 1796 cuando murió nuestra inolvidable madre, heredé el castillo de Tegel, y Alejandro la hacienda Ringenwalde en Neumark. Mas, ¿qué era

para él la posesion de una hacienda, en comparacion de su gran proyecto? Para estar libre bajo todos aspectos, y poder disponer de su fortuna en favor de la ciencia en todo tiempo, vendió la hacienda de Ringenwalde al poeta Francisco de Kleist, encargando á nuestro antiguo maestro y amigo, á un excelente hombre que se llama Kunth, que fué tambien administrador de mis bienes, todo el cuidado de su fortuna movible. Podeis ver, por consiguiente, que en caso ofrecido podria hacer el viaje á sus propias expensas.

La Sra. de Staél habia escuchado hasta entónces guardando silencio; pero luego prorumpió en elogios con gran entusiasmo, por una abnegacion de esta clase y un anhelo tal hácia un alto objeto. Toda la concurrencia tomó parte en la conversacion que siguió, y que se mantuvo con toda la vivacidad del carácter francés.

Repentinamente abrieron la puerta del salon, y un hombre alto y de buena presencia, vestido de viaje, entró en él. En sus suaves é inteligentes facciones se mostraba una grande alegría, una dulce satisfaccion; y cuando extendió los brazos gritando: «¡Guillermo! ¡Carlina!» le contestaron voces llenas de júbilo: «¡Alejandro! ¡Alejandro!» y estaba ya en los brazos de su hermano y de su cuñada.